

cion, y la malla de fierro sujeta el camino, ó un tejido de alambre resiste los vaivenes que parecen empujar al abismo la locomotora en el fondo de esas rocas, y abriéndose como un pórtico espléndido, se ven los campos de esmeralda y los sembrados de oro alegrando el espíritu y ofreciendo al mortal, en medio de los desiertos, la prosperidad y la abundancia.

Con la misma distraccion pasé frente á *Eco*, y á *Pulpit-Rocks*, con sus bosques de abundante caza y sus rios de riquísima pesca.

Nos detuvimos en *Green-River* (Rio verde), cabecera del Condado de *Sweet Watter*, y que tendrá una poblacion como de 200 almas.

Pero realmente en iniciativa estas poblaciones, tienen aspiraciones extraordinarias: son niños hercúleos, que poblarán de gigantes esta parte de las Montañas Rocallosas.

Al pasar por *Point-Rocks* me dijo uno de los compañeros, que en aquel punto existe un abundante pozo artesiano y ricos criaderos de carbon de piedra, que explotan las compañías.

La noche fué tremenda; aullaba el viento, la nieve azotaba las ventanillas del wagon El dudoso viajero de los cabellos de oro se encerró en el cuarto de fumar.

De trecho en trecho se detenía la máquina: en las profundidades del camino, veía yo, á la luz de linternas que proyectaban su claridad en la nieve, rompiendo muros de tinieblas, trabajadores infelices, con sus altas capuchas, ocupados en barrer los rieles.

En cada detencion, la máquina era objeto, lo mismo que los trenes, de escrupuloso reconocimiento.

La luz del dia 7 fué tristísima: caía como doliente y llorosa sobre tendidas y monótonas llanuras.

Ninguna huella de la humanidad; era como una navegacion de un género tristísimo, en que no habia esa majestad del mar, esa comunicacion con el infinito, que engrandece el espíritu.

Los pasajeros permanecian en sus lechos como sin acabarse de persuadir que era del dia la luz que se deslizaba por entre los empañados cristales, á visitarlos.

¿Qué hacer? Tomé mi lápiz, y haciendo mesa de mi almohada, escribí lo que leerá, si gusta, el piadoso lector:

UN SUEÑO.

Soñé que el manto de plata
Que del sol quebró los rizos,
Como sembrando diamantes
Y salpicando de brillo
El primor de los cristales
Y las galas del armiño,
Dejaba ver tras sus pliegues,
Con sus perfiles distintos,
A los montes gigantescos
Y á los soberbios encinos,
A risueñas sementeras,
Y á murmuradores rios.
Y yo soñando esperaba,
Tras una roca escondido,
Del sol la primer sonrisa,
Porque dulce voz me dijo,
Que del sol al primer rayo,
Miraria de improvisó

La nieve desvanecerse,
 Romper el hielo sus vidrios,
 Y brotar árboles verdes,
 Y correr alegres rios,
 Y renovarse la vida
 En el monte y el bajío,
 A los cantos de las aves,
 De las gentes al bullicio,
 Y al saltar de los ganados
 Con soltura y regocijo.
 Yo esperaba, y poco á poco
 Sentí del terror el frio,
 Porque tras el blanco manto
 Pensé ver, claro y distinto,
 El hogar porque yo anhele
 Y do me esperan los míos.
 Y del sol espiaba entónces
 Con honda ansiedad el brillo
 Porque me asaltó la duda,
 Del augurio, é indeciso
 Ya la muerte me amagaba,
 Ya el gozo me daba brío,
 Y del problema de mi alma
 Estaba al romperse el hilo.
 La luz plegaba sus alas
 Tras un celaje sombrío,
 Cual mirada de quien llora
 Y en la sombra busca alivio ;
 Y á medida que avanzaba
 Como con incierto giro
 La luz, y sobre la nieve
 Se derramaba su brillo,
 Se exhumaban de la tierra,
 Tristes y descoloridos,

Como fantasmas los montes,
 Como esqueletos los pinos,
 Alzando sus secos brazos
 Y dando al viento gemidos.
 Y la luz adelantaba,
 Y su semblante amarillo,
 De cadáver, sacó el campo
 Y apareció muerto el rio,
 Como fallece una madre
 Sobre el sepulcro de su hijo.
 Y la luz se iba extendiendo,
 Y al dar en el caserío,
 Alumbrando un cementerio
 Y á la entrada de sus nichos,
 De pié tristes esqueletos
 Que con los brazos tendidos
 Inmóviles señalaban
 Nuestro lúgubre camino.
 Hondo terror me embargaba,
 Sentí el corazón herido :
 Era como luz enferma,
 Erase un cráneo el sol mismo
 Despojado de sus rayos,
 Escualido y amarillo.
 Dejaba en el negro suelo
 El hielo medio fundido,
 Como de huesos humanos
 Los fragmentos esparcidos.
 La luz doliente avanzaba ;
 Reconocí con delirio,
 El lúgubre cementerio,
 Y en los huesos sentí frio,
 Ví avanzar la luz terrible,
 Avanzar... llegar sus visos

A un punto . . . donde se encuentra
 Cuanto adora el pecho mio . . .
 Y creí morir . . . de repente,
 Y de un relámpago al brillo,
 La tumba corrió á mi encuentro
 Dando agudos alaridos.

Vi al monstruo que me llevaba,
 Y llevaba mi destino,
 Que me arrancó de mi sueño
 Con sus intensos gemidos.

GUILLERMO PRIETO.

Marzo 7 de 1877.

Estamos en *Laramie*, tan célebre en las relaciones de los viajeros, tan encarecido en la leyenda.

El aspecto de la naturaleza cambia; la nieve, adelgazándose y derritiéndose, deja ver de trecho en trecho amarillenta yerba y sonríe el verde césped en alguna hondonada, como tímida promesa de la pronta llegada de la primavera. Algunos árboles, como viajeros recién llegados, parece que inspeccionan el campo desde las orillas del camino . . . trenes, oficinas, transeuntes, como que anuncian de léjos el fin del desierto, como los indicios de tierra en el mar.

Hace muy poco, cerca de la poblacion estaba el fuerte, perfectamente guarnecido por tropas americanas.

Algunos soldados se instalaban en aquel ingrato suelo con sus familias, pugnaban por conquistar las comodidades de la vida, y tenía algo de la detencion de la *caravana*, los grupos de mulas y caballos, las tiendas de campaña y los depósitos de provisiones.

Laramie, cabecera del Condado de Albany, tiene más de

mil habitantes; la ciudad está paralela al camino, una ancha y clara corriente atraviesa las calles principales.

Hay muchas elegantes iglesias y cómodos hoteles; el edificio municipal es digno de una gran ciudad.

Se publican en *Laramie* dos periódicos: *El Centinela* y *El Independiente*. El telégrafo y el buen servicio del correo hace que los habitantes de *Laramie* y los pasajeros estén al tanto, como donde quiera que se publica un periódico, de cuanto ocurre día á día en todos los Estados de la Union.

A la salida del pueblo hay un molino, cuyo costo ha sido ciento veinte mil pesos. Es magnífico.

En los alrededores de la ciudad, y como agrupándose á la vía férrea, están situadas las oficinas de maquinaria y los talleres del ferrocarril, entre leña apilada, rieles amontonados en los suelos, grandes pipas con agua y colinas de carbon que hacen negrear el suelo con su polvo.

Laramie, segun reza la leyenda, fué el primer lugar del mundo en que se reunió *un jurado de mujeres*.

Sucedíanse las tremendas nevadas: los altos picos de las Montañas Rocallosas, las tendidas llanuras á sus piés, las negras rocas, los impetuosos torrentes, la luz como despedazada sobre las peñas, y en las hondas cañadas formaban paisajes ásperos, sombríos, que sin embargo poseían cierta grandeza que me cautivaba.

Los viajeros, acurrucados en sus asientos ó hundidos en sus abrigos, dormitaban. M. Gland mismo, habia dejado de hablar.

Yo soñaba con los ojos abiertos, me parecia atravesar una region desconocida, como que esperaba que tierra, rieles y trenes, se hundiesen de repente, por una fundicion repentina

del suelo, y seguir corriendo bajo tierra, bajo bóvedas imilunadas á la luz de rojas llamas, y que fuesen una sucesion de salones con caballeros y paladines, damas y dueñas, enanos y gigantes. . . . tan excéntrico, tan inesperado así era cuanto me rodeaba.

Saltando de su asiento y como si hubiese tenido aviso en medio de su sueño, volvióse á mí M. Gland, y me dijo:

—*Chayene*. ¿No ha oído vd. hablar de *Chayene*?

Chayene, continuó, es la más grande ciudad entre Ogden y Omaha; desde aquí se siente la influencia del Colorado, que está llamado á un gran porvenir.

Estamos, siguió alegremente M. Gland, sobre mantos de plata y oro: desde aquí hasta Omaha comienza la serie de aventuras romancescas de los Apaches, Kayoways, Comanches, Arrapaos y Chayenes, de donde tomó su nombre esa gran ciudad que parece ir corriendo en los inmensos llanos, por el movimiento de nuestro carruaje.

En 1859, esto era desierto, tendido en inmensas llanuras.

Se anunció la corriente del camino, llegaron empacados y en su estado primitivo de fierros y tablas, iglesias, hoteles, almacenes, y al concluirse el desempaque, quedó una ciudad, como si se sacara de una cajita de juguetes.

Héla ahí, con sus acueductos y sus arboledas, sus edificios uniformes y sus grandes plazas.

Atrás quedaba Dember, capital del Colorado, que es como otro grande embrion de donde ha salido un territorio que pronto se convertirá en grande Estado de la Union, y aparecerá otra estrella en el firmamento de Washington.

Es de advertir que aquí no fué, como en otras partes, la poblacion, conjunto de hombres de varios pueblos, luchas

de costumbres diferentes, fusiones y trasformaciones y productos de esas entidades heterogéneas, no, señor; la casi totalidad de estos hombres era del Oeste: el móvil, los metales preciosos.

Por todas partes se veian hombres sujetándose á las mayores privaciones y peligros, extraviarse adrede en busca de aventuras; unos se perdian entre las nieves; los otros desaparecian en las entrañas de la tierra: allí, á manera de cazadores, espiaban la huella de una veta, la seguian en alturas y en profundidades, la sorprendian y se publicaba la bonanza: así adquirió el renombre de Golden City la capital del Colorado.

Un tumulto, un incendio, ó no sé qué, parecian estos campos.

Montañas de ropa hecha, fondas brotando como hongos de la tierra, hoteles como regados á mano por todas partes.

Comer, vestir, dormir: hé ahí cubiertas las primeras necesidades.

Chillaba la carreta, porfiaba ruidoso el martillo, la sierra armaba escándalo, la garrucha chirriaba levantando piedras, y tercios, y muebles á las nubes; todo en el suelo eran escombros, todo ruido en derredor: así lanzó sus primeros vagidos *Chayene*, y así el Colorado y Omaha brotaron de la tierra, como los personajes de los cuentos, al herirla la indomable audacia del yankee.

Durante la travesía de Ogden á Omaha, los dias habian sido pésimos, y las noches fatales. Mi único entretenimiento fué observar al ambiguo aquel de la cabellera rubia, que advertido sin duda de mi diligencia en observarlo, era á ca-

da momento más caprichoso ó caprichosa, porque aquello era una condenacion.

Su rostro, como ya hemos dicho, lo conservaba obstinadamente cubierto, y sus modales eran tan bruscos, que parecian afectados; alguna vez desnudó una mano de su guante, y era una mano alabastrina, aristocrática, de una mujer distinguida; pero aquel estirar las piernas, aquellos piés que parecian falúas. . . . esas no eran pertenencias femeninas, era un patan que provocaba mis rencores. . . . Cuando sacaba su pipa, que era rara vez, se le notaba, aunque muy imperceptiblemente, la repugnancia con que apelaba á aquel accesorio de su disfraz. . . . era, no hay duda, una bella lanzada á lo desconocido, en alas del infortunio, é inundada en lágrimas. . . . ¿Era tal vez una jóven que queria ocultarse á las miradas del zelo, y que creia oír tras de sí los pasos de un asesino. . . . era una mujer criminal que envenenó al amante infiel é iba á ocultar su quebranto y sus remordimientos entre el tumulto de las ciudades del Este?

La noche anterior á la en que llegamos á Omaha, en las paradas del tránsito subian y bajaban viajeros sin cesar.

El personaje *comun de dos* se encerró en el cuarto de fumar. . . . yo penetré, en las altas horas de la noche, y permanecimos como dos estatuas.

La luna descolgaba dispersos rayos del borde de una nube lóbrega, el huracan gemia. . . . en la Sierra se veian dudosas claridades sobre la cima de los montes, y se extendian como corrientes de sombra que se precipitaban en las cañadas.

El cuarto de fumar es pequeño y angosto; en el centro hay dos banquillas, una frente á otra, como los asientos de

un coche; en la pared de tabla existe uno como farol incrustado en el carro, que contiene una rojiza lámpara: á los lados de aquella especie de nicho están dos ventanillas del carruaje: una era del misterioso personaje, la otra mia. A cada avance de mi mirada, á cada indagacion, se sustraia el desconocido en la sombra, ó bien pegaba el rostro al cristal del postigo: á mí á veces me parecia que sonreia mujer angélica; á veces que se disponia carretero feroz á descargar-me un puñetazo.

Fingí dormir, y entónces, suponiéndome, él ó ella, distraido, cantó clara y distintamente el "Adios" de Shubert; pero tan sentido, tan hondamente sentido, que me subyugó, me empujó á la region de mis recuerdos más dolorosos, y sentí lágrimas en mis ojos.

Entónces, como de costumbre, recurrí á mi lápiz, y escribí y declamé con toda energía lo siguiente, que puede acomodarse á los compases de aquel canto delicioso:

CANCION.

Alma que mi alma adora
Con íntima pasion,
Por tí doliente llora
Mi triste corazon.

Aislado en mi tormento
Mi voz te aclamará,
Y sin eco mi acento. . . .
En sombras morirá.